



NO TODO ES AMOR

PÁGINA LITERAL 3-4
REVISTA DE PSICOANÁLISIS

PÁGINA
literal



École lacanienne de psychanalyse

ediciones PÁGINA literal

San José, Costa Rica

2005

© Ediciones Página literal

Editora: *Ginnette Barrantes*

Comité de Lectura: *Rafael Perez, coordinador*
Susana Bercovich
Raquel Kader
Estela Maldonado
Karen Poe
Marcela Ramírez

Colaboradores: *Esther Fleischer, quien revisó las citas, en español,*
de La Divina Comedia.
Silvia Martínez, quien revisó la traducción
de Escribir en la curva.
TEOR/ÉTICA, Virginia Pérez-Ratton,
quien diseñó la portada.
Priscilla Monge, autora de la imagen de portada.

ISSN: 16590198

Imagen de la portada: Escalera. Fotografía. 2003

Diseño y diagramación: *Clara Inés Angarita*

Impresión digital: *Litografía e Imprenta LIL, S.A.*

Suscripción, canje e información:

Apartado 841-1002, San José, Costa Rica.

Ecole lacanienne de psychanalyse

www.ecole_lacanienne.net

Correo electrónico: pagonaliteral@hotmail.com

Tel: (506) 233 5901

tabla de contenido

analíticas

Un cierto espejo de <i>parlure</i> o como vino el semblante a Lacan	7
<i>Marie-Claude Thomas</i>	
De la escritura como duelo: el caso de J.A. Silva	16
<i>Karen Poe</i>	
La cita	55
<i>Rafael Perez</i>	
Un paradigma amoroso: la trilogía de Paul Claudel	50
<i>Estela Maldonado</i>	
La pederastia socrática y la prueba de la virtud del <i>erómenos</i>	28
<i>Rosa Verónica Peinado</i>	
Metafísica de Eros	28
<i>Ricardo Pon</i>	
<i>María la noche</i> . Mundos transpuestos	38
<i>Ginnette Barrantes</i>	

conferencias

Monstruos del Id	70
<i>David Halperin</i>	
La sesión de análisis, una performance anormal	70
<i>Susana Bercovich</i>	
¿Para qué sirve la teoría psicoanalítica?	81
<i>Guy Le Gaufev</i>	

testimonios

El ángel con la llave del abismo	111
<i>Jean-Philippe Barnabé</i>	
Tumbas sin destino	96
<i>Luis Thenon</i>	
La negra café.....	126
<i>Yannina Sánchez</i>	

literarias

Escribir en la curva	102
<i>Sandrine Bailly</i>	
<i>La Carmencita</i> de Nietzsche	111
<i>Sergio Rojas</i>	
Mary goes to Costa Rica o el regreso de la hija pródiga	126
<i>Werner Mackenbach</i>	
Desmontaje de una invención	130
<i>Virginia Caamaño</i>	

analíticas

Un cierto espejo de *parlure* o como vino el semblante a Lacan
Marie-Claude Thomas

De la escritura como duelo: el caso de J.A. Silva
Karen Poe

La cita
Rafael Perez

Un paradigma amoroso: la trilogía de Paul Claudel
Estela Maldonado

La pederastia socrática y la prueba de la virtud del *erómenos*
Rosa Verónica Peinado

Metafísica de Eros
Ricardo Pon

María la noche. Mundos transpuestos
Ginnette Barrantes

María la Noche

Mundos transpuestos¹

Para el caracol por el surco de arenamar...

1. Una primera versión de este escrito se expuso con motivo de la presentación de la novela *María la noche* en Costa Rica, organizada por la *Editorial Costa Rica*, en el Centro Cultural de Chile, San José, Octubre, 2003.
2. A. Rossi, *María la noche*. Lumen. España, 1985.
3. A. Rossi, *María la nuit*. Actes Sud, France, 1997. Trad. de Claude Benton.
4. A. Rossi, *María la noche*, Editorial Costa Rica, San José, 2003.
5. G. Lopes, "La geografía es fundamental", *Literate World*, Mayo 2002.
6. G. Lopes, Op. Cit., p.1.
7. En el Suplemento Viva de *La Nación*, del 20 de noviembre de 2003, comenta María Lourdes Cortés que las intelectuales costarricenses leían en voz alta, en los bares de San José, esta novela. El carácter clandestino de su lectura parece confirmar que ella constituye el inicio una nueva posición erótica para la mujer en la literatura, al mismo tiempo que aporta algunas razones para explicar su negación sistemática de las antologías sobre la novela costarricense.

¡Al fin vino! —sonreí con Anacristina, con cierta complicidad. *María La noche*, publicada primeramente en Barcelona², en 1985 y traducida³ luego, en 1997, al francés, llegaba finalmente a Costa Rica⁴ con dieciocho años de retraso, gracias a la iniciativa de Albino Chacón quien la presentó a la *Editorial Costa Rica*.

¿Cuáles son las razones para este largo olvido? Gilberto Lopes, en su artículo "Anacristina Rossi: La geografía es fundamental"⁵, adelanta algunas respuestas:

Publicada en Barcelona, *María la noche*, pagó un precio por la distancia, por no haber circulado suficientemente en el país. Quedó algo olvidada y la literatura costarricense no sufrió toda la influencia que el lenguaje de esa obra puede insuflarle.⁶

Sin embargo, en mi opinión, fueron necesarios todos esos años y este periplo iniciado en Europa, para que *María la noche* conquistara su propio público⁷, pues ella constituía la metáfora de la transposición de dos mundos: entre Europa y el Caribe afrolimonense, entre el deseo y el amor, y también entre el hombre y la mujer. *María la noche* llegaba advertida, con Lacan, de la opacidad sexual.

Esta "historia de la noche", según Lopes, se acerca a la obra de Djuna Barnes *El bosque de la noche*, un mundo nocturno donde las cosas no son lo que parecen. Maríaestela regresa de Londres a Limón, a ese Caribe sur, su lado oscuro, tan fundamental en la obra de esta autora. Limón es la noche hacia donde el personaje regresa a su infancia de acuarela, recuerdos borrosos, donde la certeza se desdibuja.

Inmersos en ese lado nocturno están sus dos personajes principales: Antonio, un isleño canario, y Mariestela, ambos envueltos en la opacidad del lenguaje, con el que tendrán que nombrar las murallas íntimas de su amor. La añoranza de un mar espumante que le llenó a ella su infancia de caracolas. Entre ellos, dos culturas, dos lenguas, dos sexos y dos continentes extrañándose entre sí, en el horizonte de las utopías.

En este escrito, no tomaremos el contrapunto entre ese Londres letrado y la irracionalidad bestial de una rabia enterrada. El lugar primigenio, donde reposa el mito de

la madre diosa, o en donde los sueños de un Eros primordial que aún escucha su unidad perdida, lleva a Lopes a afirmar que la desmesura es el “filón abandonado” ante el cual retrocede esta escritora y que en ese abismo de la noche está también la infinita desgracia de la esclavitud, cualquiera sea su rostro.

No es simplemente la veta ecológica, como se ha querido afirmar, o el estilo onírico de su prosa, lo que me más interesa abordar, sino más bien la destrucción por amor a la que parecen someterse los personajes mencionados: una servidumbre voluntaria. Antonio, candidato a doctor en economía, conoce a Mariestela, esa mujer “sagrada y bestial”, que ama con un amor *involutivo, raro y vegetativo*. En ese Londres hispanoparlante y marginal, en el mundo académico y estudiantil de los jóvenes de los setentas. Entre ellos, el abismo de las teorías económicas de Sraffa, la revolución marginalista, y la apertura de las libertades sexuales que prueba en sus cuerpos, la añorada armonía entre naturaleza y cultura. Allí, Londres les enseña “...a amar la soledad (...) con la punta acerada del silencio”, mientras el sustrato de un caribe pasional se agita en la piel trémula de los ruidos interiores: como si las marejadas azotaran los riscos de la memoria o la espuma amenazara con desbordar el páramo invernal. Desde allí, Centroamérica es un punto en la mira, donde ese desembarco, más bien abandono, que sufre la protagonista al llegar a Europa, metaforiza –y en esto concuerdo con Lopes– ese desamparo paterno que la memoria hace realidad.

En la novela, la psicoanalista (ausente o presente) es uno más de los personajes: las sesiones asistidas o faltadas, su regreso de vacaciones, así como las pequeñas conquistas del saber inconsciente. Con la analista, o sin ella, Antonio se psicoanaliza. Y así, su saber académico y erudito parece derrumbarse, ya que las teorías económicas no soportan las alucinaciones –aún cuando toda idea de felicidad deba ser imaginada. Mariestela es construida como el mito mismo de la invención del objeto femenino en el fantasma masculino y hará tamaña hendidura en su coraza:

–¿Te asusta una mujer que pide así? –Le pregunta ella.

Como dice la autora, en su infancia tuvo dos refugios: la naturaleza y las palabras⁸. A estos refugios tan cercanos agregaremos otro: la imagen, sobre todo la imagen del amor, esa otra manera de olvido de sí misma o de destierro.

En *María la noche*, Antonio cae fulminado por una aparición. Encuentra la imagen de Mariestela como ¡Ya vista! esa que inventa el amor sin dilación y por eso también llamado “a primera vista”:

–Cuando te vi, quise. No te deseé, te quise. Quise tus ojos negros y graves y brillantes, tu atención. Por primera vez en mi vida no se trataba de seducción ni de juegos de apareamientos: se trataba sobre todo de palabras⁹.

Cuando de amor se trata, también se trata de palabras: de nombrar lo innombrable, la verdad que nos posee desde el imaginario ¿Cómo nombrar esa visión alucinada que anticipa el deseo? Ese “cuando te vi...”, parece ser la anatomía de la impresión por el fuego (coup de foudre), cuyo fogonazo se transforma más que en el tormento

8. A. Rossi. En: Dobles, Aurelia. “Sostener la brasa ardiendo”. Suplemento *Ancora*, La nación, 3 de noviembre de 2002.

9. A. Rossi. *María la noche*, Editorial Costa Rica, Costa Rica, 2003, p.20.

del azote de las flechas de Eros en el flechazo, en una imagen de la que el sujeto ya no puede despegarse, cautiverio dulce; pero prisionero al fin:

[...] una celebración, un reconocimiento, una fatiga. No puedo ir más allá¹⁰

Por otra parte, para ella, Antonio no será una aparición súbita del amado, sino una invocación casi mística:

—Antonio es nombre de santo, así como Juan Carlos es nombre de Rey. En mi país las quinceañeras ponen los sanantonios cabeza abajo para encontrar marido, mi pobre abuela tiene su cuarto tapizado de santos al revés, porque yo no me he casado. Aunque a vos te invocaría para otras cosas: san Antonio líbranos de las crisis económicas y de los males de la estanflación. Sabés, antes yo juraba que la clave del mundo era la economía, y admiraba patológicamente a tus homólogos¹¹.

Entonces, en esa noche del diálogo amoroso, el amor se inventa como imagen de sí, donde el amado(a) como doble, copia, reflejo de sí o simple herida, abre esa brecha que invocarán las construcciones culturales del hombre y la mujer. Justo allí, es convocado el psicoanálisis para sortear el escollo de la “no relación” — si se quiere de esa “no reciprocidad amorosa”. Ante la pregunta de quién es ella, Antonio se interroga:

—¿Pero y si estoy justamente ante una feminista, atorada en lo de la castración¹².

Sin embargo, es el llamado “sexo femenino” el que está atorado en el deseo patriarcal y es allí donde ambos personajes se encuentran en su des-encuentro. Sobre este punto, ella hará un nuevo teorema de la masculinidad moderna:

—sólo puede acariciar a una mujer quien pueda acariciar su propia parte femenina, de lo contrario sus caricias serán literales.

Interrogada por el significado de tal *literalidad*, la novela misma aporta su significado: quien haciendo muy bien su trabajo, cumple demasiado rápido con su objetivo. O aquel que, con la prisa de ser un buen soldado del amor, se olvida de fracasar donde encuentra a (¿La?) mujer.

Pero ¿cuál es este objetivo en el que fracasaría todo navegante acelerado? Hacia allí parece apuntar tanto una cierta gimnasia del orgasmo (de moda en los setentas), como también esa opacidad sexual que el psicoanálisis puso en el tapete, cuando se negó a darle objeto sexual puntual tanto al hombre como a la mujer. El deseo “femenino o masculino” también perdieron su referente natural, tan ensalzado en las construcciones esencialistas. Ninguna ruta clara que oriente al hombre hacia la mujer y viceversa, ningún manual de autoayuda para orientar la extrañeza con la que Antonio le pregunta a Mariestela:

—¿Por qué te gustan las mujeres?

10. A. Rossi, Op. Cit., p. 28.

11. A. Rossi, Op. Cit., p. 29.

12. A. Rossi, Op. Cit., p. 30.

Y cómo si la pregunta de ¿por qué a una mujer le gustan los hombres?, fuera menos compleja. Ella, burlona, acude a la psicopatología (ciertamente no a la cotidiana de Freud).

—Soy ninfómana histérica.

Y frente al manual de las caricias aprendidas, de esas pedagogías amorosas que recomiendan “la paciencia y buena letra”, *María la noche*, nos presenta la convulsión indómita. Y, en esa abertura, se abre la pregunta por el deseo y su objeto, que también al psicoanálisis ha convocado, terreno donde el dominio se confunde con el amor y ese día con día, sesión tras sesión con su analista, este ejercicio le permite a Antonio lidiar con la imprecisión del lenguaje, bordear el “precipicio de los lugares comunes”. ¿Cómo podría él domar, con su “gesto de toro”, a esa “yegua pálida”, sin poseerla jamás, sin nunca llegar a su objetivo? ¿A qué gramática podría suscribir ese extraño amor? Probablemente, a una escritura por-venir entre amor y deseo, entre logos y sinrazón, donde la potente *metáfora de la transcripción de dos mundos* (que dio lugar a nuestro título): entre Caribe sur/Europa, amor/deseo, en el compás de los cuerpos erógenos, no renuncia a producir la indómita y mestiza diferencia de “otra cosa”. Para la autora, ese afuera exótico fue el francés, lengua que la remite a la costumbre aristocrática siglo XIX, mientras que en los setentas, el país entero se volcaba hacia los Estados Unidos.

En los personajes femeninos surgen las mujeres exóticas (o que cruzaron la frontera) que se diseñan “a sí mismas”, las que se autoclonan o las que, con movimientos felinos son extrañas a sí, o las mujeres-estatuas de los jardines griegos de mítica belleza. Entre ellas, Mariestela prefiere viajar de Itaca a San Antonio de Belén, donde descubre sirenas en el asfalto, sus pezones erectos y miradas equívocas en los espejos rotos del pasado, mientras cascadas de rizos acarician la seda de sus nalgas. Mujeres mirando a otras (a veces La Otra), parecen desgelificar el caleidoscopio histérico. Y es allí donde Mariestela le pregunta a la madre-madrastra: *¿Valió la pena tanta ferocidad por la belleza? ¿Alguna vez te preguntaste si hubo verdaderamente un Rey en tu cuento?*

Anteriormente, se había dicho que *María la noche* había matado simbólicamente a la madre¹³. Sin embargo, entre esas mudas piedras gaélicas también la estatua del padre asoma. Y como dice su protagonista:

[...] es ante las ruinas de esta estatua que la mujer debe reconstruirse de cabo a rabo.

Lo que me hace recordar la contundencia de las palabras de Marcela:

[...] parece que la modernidad mató al padre; pero se nos olvidó enterrarlo.

Y entre los espejuelos, esa mujer perdida entre discursos que la representan como Toda, surge rápidamente la respuesta nosográfica consoladora —ese injerto médico y moral— de la mujer “anormal”. Nosografía que hace a Mariestela llamarse irónicamente “ninfómana-histérica” y la cual el periodismo local no dejó de aprovechar la oportunidad para acentuar su respuesta heteronormada, llamando incluso a la

13. M-L. Cortés. “El andrógino, el espejo y la madre”. *Página Literal* No 2, Ediciones Literales, Costa Rica, 2003.

autora (que iniciaba con su personaje un movimiento erótico novedoso) una desbocada.

Esto me lleva a afirmar que *María la noche* llega cuando las viejas categorías de la sexualidad: femenino/masculino, trastabillan y ya no es posible localizar a esa mujer heterosexual y monógama tan cara a la normalidad médica, social y cultural. Y en esa invención de la heterosexualidad y de las eróticas en Occidente, Lacan hace contrapunto a Sócrates, demostrándole al analista que sabía mucho de Todo; pero casi nada de amor. *María la noche* testimonia que la invención de la heterosexualidad cojea¹⁴.

En esa lejana y calcinante presencia de las ruinas del padre Mariestela recuerda al país de su primer amor. Y, en esa remembranza, una teoría íntima de la escritura se arraiga:

–hacer la experiencia esencial de lo que se adolece; no escribir sobre las ansias sino sobre la experiencia.

Y si bien podría haber aquí un nuevo ideal pragmático de la escritura, me gustaría tomar esta propuesta en su costado psicoanalítico: *perder el centro en cada viaje*. Hacer la experiencia de lo que se adolece. Pues, como lo dice ella, las mujeres escriben más de sus sueños que de los mundos vividos, y una mujer que no experimenta con sus ansias, será un Ulises frustrado:

–¡Antonio no sabe nada del cuerpo, o por lo menos nada de mi cuerpo, no sabe o no quiere saber. Antonio sólo sabe de cabalgarme el alma¹⁵.

En esa misma queja el psicoanálisis parece estar preocupado:

–¡Cuidado, Antonio, con las relaciones patológicas! Cuidado con los enganches neuróticos, cuidado¹⁶.

Aunque algunos analistas querrían prevenir los desastres amorosos (haciéndose millonarios), Antonio y Mariestela sortean este abismo con los acordes persuasivos de “...*las confidencias mutuas y...las dudas de los silogismos categóricos*”. Ella, como diletante de la aventura y él como un economista muy aplicado.

Y como si la vieja Europa fuera esa reina-diva-madre, la angustia no tarda en paralizarla:

¡Soy mineral! _ me detesto. Un susto no me deja hacer nada.

Abandonada, por el padre, en ese mundo que va a letarla y civilizarla, en su memoria está ese otro mundo hecho de ruidos, que le dicen al oído un mandato: para una latinoamericana no hay más que el horizonte que va directo hacia su Macho.

Sólo a veces la noche le traerá la calma, con sueños salobres que borran los trillos dejados de los caracolillos temerosos, sólo a veces se sellarán las heridas insondables dejadas por madre-naturaleza-oscura, que educa para la esclavitud y para la muerte. Entre esa mujer lanzada a conquistar el mundo y esa niña mineral del pa-

14. J. Allouch. *El sexo del Amo*. Ediciones Literales. Argentina, 2003.

15. A. Rossi, Op. Cit., p. 32.

16. A. Rossi, Op. Cit., p. 35.

raíso perdido, está la añoranza del abrazo tierno de una madre aun que, como ella misma dice, la avergüenza un amor tan absoluto. Y sería vano, que el psicoanálisis tratara de apresar, con anacrónicas categorías de resonancias griegas, ese ímpetu que la hace probar las bocas como frutos, con el ritmo bamboleante de sus costas o con el vientre como un tambor nostálgico. Europa-alma-mater, continente literal que civiliza transpuesto a ese Caribe madre-feroz-dulcificada.

Entre ellos está el silencio, la noche de las palabras (y hay muchos enemigos del silencio, dice ella). Antonio es capaz de hacerle escuchar las corrientes frías a cuatro mil metros de profundidad, o las tormentas abisales que barren los fondos submarinos. Pero Antonio también la hace escucharse, como la dulce oreja muda de su psicoanalista (transferencia mediante).

Y en medio de tal desamparo étnico, esa provincia afrolimonense, madre-negra, pobre-bella y sometida, servirá de contrapunto al simulacro burgués criollo. En Limón, los jipis (también criollos, burgueses, macrobióticos y vegetarianos) parecen encontrar un Caribe hacedor de sueños. Ellos también, como Antonio, son llamados a perder la literalidad de sus interpretaciones y a intentar transcribir los mundos.

Mariestela me hizo el amor con violencia, obligándome a quedarme totalmente pasivo, feminizándome¹⁷.

Y en su mirada perpleja descubre que Octavia es Mariestela: una cascarón de la otra. Y Alberto es el doble de Mariestela. Todo placer que no es textual o literal, requiere reconstruir con paciencia ese pasado atónito. Y hacia el final, el personaje Antonio se verá confrontado con la máxima pérdida de su lugar patriarcal: descubre con dulce terror su entrega homosexual a Alberto. Perderá así definitivamente la llave del reino, a partir de ahora, su búsqueda de Mariestela se convierte en una película de alucinaciones en technicolor. Su caparazón ha obturado su falla, y ha quedado, nuevamente, en el costado literal de las cosas: Ahora como dice el personaje, focaultianamente: ¡La palabra perro muerde! Mariestela ¿fue un sueño, una locura o una alucinación?

Tal vez, como dije, en 1993, Anacristina a los psicoanalistas¹⁸: el psicoanálisis es el espacio de la libertad interior, o quizá, más bien de esa poca libertad de quien está sujetado al orden simbólico. En esa aventura interior, la literatura, más allá de quien la escribe, le pertenece al lector, a todo aquel que pueda extraer de ella su verdad más íntima, siempre que tenga el coraje de asesinar al autor. La literatura es quizá la llave privilegiada para perforar esa caparazón que tensa la realidad literal con la ficción, tan necesaria para soñar.

En *María la noche*, por fortuna, el psicoanálisis lacaniano, en Costa Rica, encontró, después de 18 años, su antecedente más próximo en la literatura.

17. *María la noche*, Op. Cit., p. 179.

18. Presentación de la transcripción del seminario de Helí Morales: *Psicoanálisis un saber con consecuencias*. ACIEPs, San José, 1993. Texto inédito.